

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Buch, A. (2006), *Forma y función de un sujeto moderno. Bernardo Houssay y la fisiología argentina (1900-1943)*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes.
- Buchinder, P. (1997), *Historia de la Facultad de Filosofía y Letras*, Buenos Aires, EUDEBA.
- Halperin Donghi, T. (1962), *Historia de la Universidad de Buenos Aires*, Buenos Aires, EUDEBA.
- Neiburg, F. y M. Plotkin, (comps.) (2004), *Intelectuales y expertos. La constitución del conocimiento social en la Argentina*, Buenos Aires, Paidós.
- Sigal, S. (1991), *Intelectuales y poder en Argentina. La década del sesenta*, Buenos Aires, Puntosur.

MICHEL CARTON Y JEAN-BAPTISTE MEYER (EDS.)

LA SOCIÉTÉ DES SAVOIRS: ¿TROMPE-L'ŒIL O PERSPECTIVES?

PARÍS, L'HARMATTAN-IUED-IRD, 2006, 324 PÁGINAS

MATTHIEU HUBERT* Y ANA SPIVAK L'HOSTE**

Gracias a su flexibilidad y capacidad de movilización, la noción de “sociedad de los saberes” o “sociedad del conocimiento” ha sido ampliamente utilizada, desde mediados de la década de 1990, como estandarte de un nuevo movimiento de globalización atravesando distintos campos disciplinarios y esferas políticas, económicas y académicas. Esta obra colectiva editada por Michel Carton y Jean-Baptiste Meyer nos invita a

* Doctorando del Centro de Investigación: Innovación Sociotécnica y Organización, Universidad de Grenoble 2 (Francia). Correo electrónico: <matthieu.hubert@voila.fr>.

** Doctoranda del Instituto de Filosofía y Ciencias Humanas, Universidad de Campinas (Brasil). Correo electrónico: <aspivak@unicamp.br>.

hacer un balance crítico, un redescubrimiento de los conceptos subyacentes y una disección de las prácticas inducidas tanto por esa noción como por el vasto movimiento que de ella se ha apropiado. Los trece artículos que la componen actualizan cuestionamientos en torno del vínculo entre conocimiento y desarrollo, y analizan finamente la pertinencia y la operacionalidad de los conceptos utilizados para abordarlo iluminándolo, cada uno a su manera, con una diversidad de enfoques disciplinares y con el foco en objetos de estudio específicos.

El primer artículo es también una larga introducción que explicita la problemática general de la obra ajustando las definiciones conceptuales y señalando los lazos entre cada uno de los artículos que la integran. Entre esas definiciones, el concepto de “desarrollo” es desplegado para poner al día la relativa heterogeneidad de las acepciones (investigación-desarrollo, desarrollo sostenible o co-desarrollo) y subrayar las continuidades que aporta su actualización. También, recolocada desde una perspectiva histórica y aprehendida desde la mirada de las políticas y las prácticas educativas, Jean-Baptiste Meyer presenta la propia noción de conocimiento modelada por el contexto social, económico y político en el cual circula. El autor se interroga, asimismo, sobre la noción de crecimiento, implícitamente asociada a la de desarrollo, y propone una perspectiva en la cual conocimiento y desarrollo no son subordinadas la una a la otra sino mutuamente mantenidas en tensión por una proyección identitaria que se prolonga hacia el futuro.

Varios artículos abordan la cuestión del vínculo entre conocimiento y desarrollo desde el ángulo de la *educación* y de la *formación*. En esa dirección, Jean-Paul Bronckart revisa la historia de las ideas sobre las condiciones de construcción de conocimientos desde las concepciones desarrolladas por la escolástica medieval, en parte retomadas por el conductismo (*behaviorism*), y luego reformuladas por Piaget y los seguidores de la educación nueva. Seguidamente, advierte cómo el interaccionismo socio-discursivo, corriente desde la cual se sitúa, ha tomado en cuenta ciertas dimensiones hasta entonces ignoradas. Esta corriente, nos dice el autor, centrada en el análisis del “actuar” como unidad de organización del funcionamiento psicológico e insistiendo sobre el rol de las actividades

del lenguaje en la formación, ha sabido integrar la influencia de los factores históricos, sociales y culturales sobre las condiciones de producción y transmisión de conocimientos. Bronckart propone aquí un enfoque alternativo al de la lógica de las competencias, que ha transformado los principios educativos subordinándolos a una lógica de mercado, tomando en cuenta las propiedades del trabajo real y la diversidad de las variantes socioculturales en la formación.

Por su parte, Rachel C. Prinsloo y Michelle Buchler se concentran en las consecuencias del proceso de democratización y de reconstitución institucional en Sudáfrica, que abre el juego al reconocimiento de los saberes adquiridos por la experiencia profesional. En su trabajo ofrecen una ilustración a gran escala de la capacidad de esa modalidad particular de validación de los aprendizajes para transformar el sistema educativo y de formación. Comparando con discursos y prácticas en otros contextos nacionales, las autoras identifican un número de similitudes y de especificidades nacionales relativas a la puesta en obra y a los efectos implicados en ese reconocimiento.

Desarrollando una visión crítica sobre los discursos que justifican ciertas reformas educativas, Julia Reznik intenta abrir, en su artículo, lo que denomina “caja negra educación-crecimiento”. A partir de una reconstrucción de la formación y el fortalecimiento de redes de actores institucionales que tienden a sostener y ser sostenidos por ella, muestra cómo las organizaciones internacionales asientan su autoridad y avalan la puesta en marcha de políticas educativas en numerosos países. Según la autora, esa “caja negra” debe su durabilidad y su fuerza a la utilización de una argumentación econométrica y de datos cuantitativos que son, sin embargo, discutibles en cuanto a su significación y a su capacidad explicativa.

La educación que se practica en los países occidentales (con el acento sobre el desarrollo del individuo) parece adquirir, progresivamente, el estatus de modelo único para numerosos países en los cuales las estructuras sociales y culturales difieren, sin embargo, sensiblemente. En la sociedad tailandesa, fuertemente jerárquica, en la cual el saber es un dato inmutable, Alain Mounier muestra, por su parte, que la reforma educativa efectuada a fines de la década de 1990 tuvo como objetivo efectivo reforzar la cultura tailandesa y sus estructu-

ras sociales jerárquicas. La idea de una sociedad fundada en el conocimiento aparece aquí sin otro fundamento que una “visión normativa y una perspectiva histórica ingenua”.

La segunda temática abordada tiene que ver con el acuerdo sobre la importancia de la *investigación y desarrollo* como motor de crecimiento económico y progreso social en esta sociedad del conocimiento. Y, consecuentemente, con el lugar central que ocupan las políticas científicas en la misma. En esa dirección, Leïla Temri y Samia Haddad introducen la noción de innovación capaz, según numerosos analistas, de establecer un “puente entre conocimientos científicos y desarrollo económico” y se concentran en uno de sus vectores: los *start up*. A partir del decepcionante balance de la creación de empresas de biotecnología en Languedoc-Roussillon (Francia), aquí elaborado, las autoras muestran como la activación de ese puente no es, sin embargo, automática y necesita la preexistencia de un ecosistema específico que definen como “medio innovador”. Además de la presencia de un tejido institucional específico, una investigación académica significativa y grandes empresas en el campo, este “medio innovador” requiere de articulaciones entre organizaciones y conciencia colectiva de una puesta en común que en el caso estudiado no aparece de manera completa.

Por su parte, y discutiendo mas enérgicamente la hipótesis de una relación de efecto directo entre conocimiento y desarrollo, Pablo Kreimer y Hernán Thomas sugieren que, en el contexto específico de los países llamados “periféricos”, la producción científica no posee uso social o económico en el país donde se produce. Esta hipótesis, que denominan CANA (conocimiento aplicable no aplicado) y que analizan en tres estudios de caso argentinos pertenecientes a diferentes regímenes de producción de conocimientos, subraya la no linealidad de los recorridos que conducen a una innovación exitosa y señala la necesidad de considerar la especificidad de los usos locales por parte de científicos insertos en una comunidad internacional en la cual las lógicas de acción son frecuentemente globales o están orientadas por usos sociales definidos en los países más avanzados.

Continuando con el estudio de las políticas científicas en los países periféricos, Tim Turpin y Cristina Martínez-Fernández presentan el caso de Mozambique como un ejem-

plo exitoso de adaptación al contexto de países en desarrollo del modelo de política científica llamado “nuevos modos de producción de conocimientos” (o modelo “triple hélice”, “NPK” o “Modo 2” según otros autores). Turpin y Martínez-Fernández recuerdan cómo la emergencia de esos modos de producción de conocimientos en la década de 1990, que dan continuidad a las décadas anteriores en las cuales las políticas científicas nacionales de los países en desarrollo consistían en crear instituciones científicas a fin de asegurar una relativa independencia nacional, fue impulsada por políticas científicas que definieron como principal preocupación vincular esas instituciones con el sistema productivo. Los autores sugieren, además, que una “tercera ola” estaría sucediendo en países en desarrollo. Que no se trataría ya solamente de atravesar barreras institucionales, sino de sobrepasar, asimismo, barreras cognitivas creando una “infraestructura de conocimiento” respecto de la cual proponen un modelo simplificado.

En un contexto de mundialización las *transferencias de conocimientos entre países* devienen elementos estructurantes del vínculo entre conocimiento y desarrollo. Es en el marco de esta tercera temática abordada en la compilación que Kenneth King ofrece un panorama histórico de la manera en que ese vínculo es aprehendido por uno de los mediadores de transferencias entre países: las agencias de cooperación norte-sur. El autor distingue dos períodos en el discurso de esas agencias. El primer periodo, que se prolonga hasta mediados de la década de 1990, coloca el acento en la asistencia técnica y el desarrollo de las capacidades localizadas al sur a través de un acercamiento relativamente unidireccional. El segundo período muestra, en cambio, una preocupación por la gestión compartida de los conocimientos. Este último discurso sugiere que no se trata únicamente de administrar mejor los conocimientos presentes en las agencias, sino de favorecer el desarrollo de capacidades de producción de nuevos conocimientos en los países del sur.

Por su parte, e interrogándose sobre el rol de las transferencias de conocimiento incorporadas (por la inmigración) y de las no incorporadas (por la formación) en las economías de los países en desarrollo, Binod Khadria cuestiona la propia noción de desarrollo económico. Retomando la distinción entre “utilida-

des” y “capacidades” hecha por el premio Nobel Amartya Sen, el autor muestra cómo las relaciones de fuerza geopolíticas han conducido, en esos países, a una separación entre el factor de capacidad y el factor de utilización frenando la emergencia de una “sociedad de conocimientos para el desarrollo”.

Por último, varios artículos abordan la relación entre conocimiento y desarrollo bajo el ángulo de *las transformaciones en el trabajo ligadas a la importancia creciente del factor cognitivo*. En ese sentido, Hélène Rey-Valette utiliza el concepto de “capital social”, a pesar de las dificultades ligadas a su operacionalización, en su intento de articularlo con el concepto de gobernanza. Según la autora, la gobernanza es aprehendida a través de dispositivos que la habilitan y la constriñen así como de los aprendizajes colectivos que otorgan una forma específica a esos dispositivos. En el caso de la economía informal, por ella analizado, las políticas públicas producen dispositivos institucionales de coordinación y de regulación cuyos registros de justificación exceden los habitualmente introducidos por la economía de las convenciones. Rey-Valette propone el concepto de “mundo participativo de la gobernanza” con el fin de calificar mejor los registros de justificación de las instituciones que obran en la regulación de estos sectores de la economía.

En otro de los artículos, Richard Hall se interroga, a partir del estudio de ocho empresas australianas, sobre el impacto de las prácticas de *knowledge management* (KM), o gestión del conocimiento, sobre la organización del trabajo, la distribución de poder y el desarrollo de conocimientos y competencias entre los empleados. En su análisis el autor advierte que, contrariamente a lo esperado (proliferación del trabajo calificado, desarrollo de estructuras organizacionales más abiertas autónomas y menos jerárquicas, etcétera), existe una visión más pragmática del KM en tanto útil subordinado a los objetivos comerciales y financieros que permite disponer información válida en el momento certero y por la persona correcta. En esa dirección, las prácticas de KM atañen sobre todo a ciertos “empleados clave” identificados por el carácter estratégico de los conocimientos y las competencias que detentan. Para esos “empleados clave” el KM implica la participación en grupos de trabajo transversales, en redes de expertos y en programas de aprendizaje. En cambio, para los otros empleados, supone una

estandarización y una automatización de las tareas. Además, el KM parece concentrarse más en una mejor explotación de conocimientos existentes que de creación de nuevos conocimientos.

Por su parte, desde una perspectiva más general, Valeria Hernández advierte la necesidad de construir un verdadero acercamiento antropológico al rol del conocimiento en el marco de la globalización y de las recomposiciones actuales del capitalismo. Partiendo de los argumentos propuestos por los seguidores y teóricos del “capitalismo cognitivo”, de la “sociedad del conocimiento” y del “marxismo crítico”, la autora analiza los cambios que afectan al saber en el trabajo distinguiendo, en ellos, tres dimensiones específicas. En primer lugar, la exigencia creciente de mayor calificación, abordada desde el ángulo más ideológico de la “competencia” y del “capital humano” o cognitivo. En segundo lugar, la emergencia de nuevas relaciones jerárquicas y modalidades de exclusión. Y, finalmente, la aparición de otras formas de movilización de la mano de obra en función de una escala de valor del conocimiento ligada a las exigencias de la globalización. La autora se interroga aquí sobre la capacidad de las sociedades modernas de ejercer una práctica reflexiva sobre esa “primordialidad del conocimiento”, que cumple una doble función de fuerza productiva y de cuadro normativo, en la organización del orden colectivo y de las interacciones sociales.

Esta obra nos propone, entonces, un conjunto de nociones y herramientas conceptuales para aprehender mejor las implicancias de esta sociedad del conocimiento. Los autores profundizan, sucesivamente, sobre conceptos como capital social, *knowledge management*, innovación, caja negra educación-crecimiento, CANA, nuevos modos de producción de conocimientos, entre otros, a fin de problematizar y calificar las especificidades de la relación entre conocimiento y desarrollo. Pero también los profundizan para develar (de alguna manera, denunciar) ciertas retóricas institucionales que harían de esa sociedad de saberes una panacea. En ese sentido, la abundancia conceptual que despliega la obra, haciendo eco en la diversidad de abordajes y de objetos de estudio que asimismo articula, es también reveladora de los límites de un concepto tan masivo, el de “sociedad de los saberes”, que los artículos desde distintas perspectivas analizan.